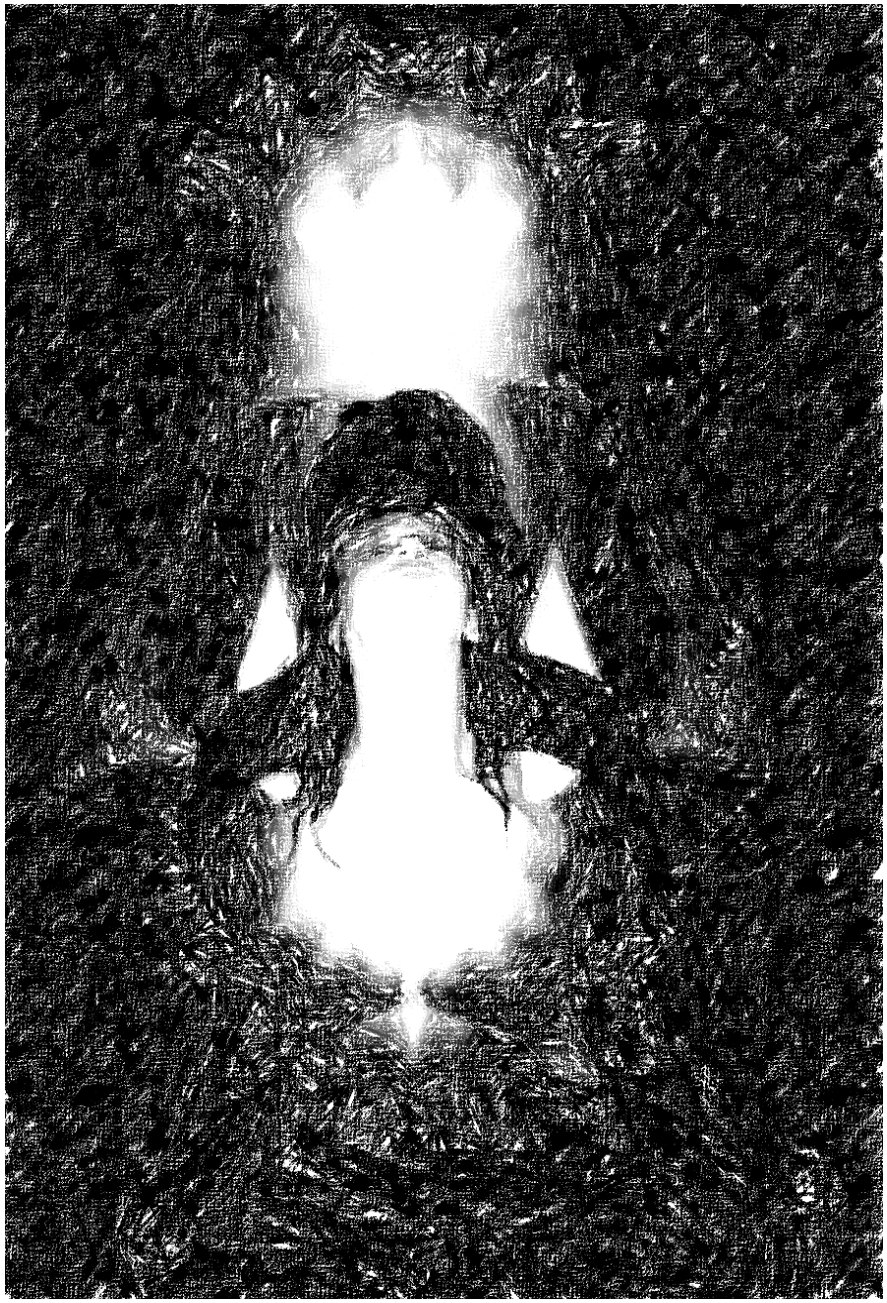
EL ÁNIMA SOLA



Novela original de Robustiana Armiño de Cuesta, 1853

Editada por Antonio Terrón Barroso, 2024

MINISTERIO DE CIENCIA, INNOVACIÓN Y UNIVERSIDADES
AGENCIA ESTATAL DE INVESTIGACIÓN
GenViPreF
Género, violencia y representación.
Los textos de creación en la prensa femenina peninsular (1848-1918)
REF.: PID2020-113138GB-I00
UNIVERSITAT DE BARCELONA

ESCRITORAS EN LA PRENSA DEL SIGLO XIX. EDICIONES DIGITALES

Serie coordinada por M.X. Lama y E. Losada

© De la edición, prólogo, bibliografía, notas e imagen de portada, Antonio Terrón Barroso, 2024.

El Ánima Sola. Robustiana Armiño de Cuesta. 1ª edición del texto publicada en *El Correo de la Moda*, números 20-29, 1853.

Proyecto GenViPReF. Género, violencia y representación. Los textos de creación en la prensa femenina peninsular (1848-1918), REF.: PID2020-113138GB-I00.

Colaboran: ADHUC-Centre de Recerca Teoria, Gènere, Sexualitat de la Universitat de Barcelona; Càtedra UNESCO-Dones, Desenvolupament i Cultures; Ministerio de Ciencia e Innovación y Agencia Estatal de Investigación.

ÍNDICE DE CONTENIDOS

PRÓLOGO _____ 4

El Ánima Sola: “virtud” religiosa y misógina en una imagen pagana _____

NOTA SOBRE LA EDICIÓN _____ 12

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS _____ 13

EL ÁNIMA SOLA _____ 14

CAPÍTULO I. El materialista _____ 14

CAPÍTULO II. El Conejal _____ 19

CAPÍTULO III. La partida _____ 24

CAPÍTULO IV. La Gitana _____ 27

CAPÍTULO V. La virtud del oro _____ 32

CAPÍTULO VI. La tentación _____ 37

CAPÍTULO VII. La lucha de los ángeles _____ 42

CAPÍTULO VIII. Los primeros serán los últimos _____ 48

PRÓLOGO

El *Ánima Sola*: “virtud” religiosa y misógina en una imagen pagana

Por Antonio Terrón Barroso

Además de hacernos viajar en el tiempo, leer cualquier publicación periódica que se comercializara en el siglo XIX desde nuestra perspectiva actual nos permite aproximarnos a la cultura popular en una época en la que todavía los medios de comunicación masivos se circunscribían casi exclusivamente a materiales impresos. Si nos centramos en la prensa para mujeres, que comenzaba ya a constituirse como un nicho de mercado en desarrollo, podremos indagar en los temas y personajes que sirvieron como modelos para construir discursivamente la feminidad normativa y, en contraposición, también la disidente.

La segunda mitad del siglo XIX es especialmente interesante para los estudios de género debido a la incipiente aparición de un mercado femenino dentro de la prensa periódica en España con el que las mujeres se convierten por primera vez en el único público objetivo de un producto cultural específicamente creado para ellas y, a veces, también por ellas. Este auge posibilitó que algunas mujeres pudiesen salir del ámbito doméstico al que estaban relegadas y comenzasen a desarrollar una carrera profesional como escritoras periodísticas y, en algunos casos, como fue el de Robustiana Armiño de Cuesta, que se aventurasen incluso a emprender sus propios negocios editoriales.

Constituidas ya como uno de los primeros productos culturales dirigidos exclusivamente a las mujeres, las revistas femeninas decimonónicas nos permiten conocer y analizar, además de sus temas y personajes recurrentes, los mecanismos mediante los que la violencia de género consiguió naturalizarse en el discurso público e, incluso, en el generado específicamente por las propias escritoras. La imposición de las normas morales y los convencionalismos sociales atribuidos a la feminidad hegemónica de la época, en la que los conflictos políticos y religiosos asociados al fin del Antiguo Régimen condicionaron en gran medida el discurso público en España, parecen ser

elementos clave en el proceso de normalización textual que experimenta la misoginia, tanto en escritos producidos por hombres como por mujeres.

El folletín *El Ánima Sola* fue la primera novela original que Robustiana Armiño de Cuesta (Gijón, 20 de agosto de 1821 - Madrid, 17 de junio de 1890) publicó en *El Correo de la Moda*, una de las revistas femeninas más destacables de la segunda mitad del siglo XIX tanto por su longevidad como por el número de escritoras que en ella participaron (Palomo Vázquez, 2014; Pecharromán de la Cruz, 2024). La novela se publicó en diez entregas en números consecutivos, es decir, sin cortes, algo que no era muy habitual en folletines largos que, como este, tuvieran más de dos o tres entregas. Los cortes solían ser aleatorios, por lo que podrían deberse, quizás, a las necesidades específicas de las cajas de impresión de cada número. La primera entrega de la novela, que coincidió con su primer capítulo completo, vio la luz en el número 20 (31 de mayo de 1853), mientras que la última, en la que se concluye tanto la novela como el capítulo 8, iniciado en la entrega anterior, apareció en el número 29 (8 de agosto de 1853).

A esta primera novela le seguirían otras tres: *Una corona de encina* (1853*)*, *El autómata* (1853) y *Pobre Sor Ángel* (1854). Además, Armiño publicó también en *El Correo de la Moda* cuatro novelas completas traducidas del francés[1]—*Un momento lúcido* (1853), *Javotta o la mercaderita de cestos* (1854), *Marietta Tintorella* (1853) y *La monomaniaca* (1854)—y ocho biografías ficcionadas de mujeres conocidas por diferentes motivos que aparecieron dentro de la sección "Instrucción Histórica"—*Tres mujeres célebres* (1854), *La Ofrenda de las Rosas* (1854), *Madama de Maintenon* (1854), *Madama Stael Holstein* (1855), *María García de Malibran* (1855), *Glorias de la mujer* (1855), *A su majestad la Emperatriz Eugenia. Una voz española* (1854) y *La Violeta* (1854)[2].

[1] Según indica la propia Robustiana Armiño en cada una de las novelas traducidas, dos de ellas—*Marietta Tintorella* y *Un momento lúcido*—, fueron escritas originalmente por Eugénie Foa, y una—*La monomaniaca*—por Jean-Nicolas Bouilly. En el caso de *Javotta o la mercaderita de cestos* solo señala que se trata de una "novela traducida del francés", sin hacer mención alguna al autor o autora original.

[2] En dos de estas biografías—*Tres mujeres célebres* y *Glorias de la mujer*—Armiño afirma que se trata de "traducciones libres", siendo la primera "del francés" y la segunda "del italiano". No hace mención alguna a la autoría original en ninguno de los dos casos.

El Ánima Sola se publica en un momento de convulsión política y social en España, concretamente en los meses anteriores a la Revolución de 1854, que condujo el reinado de Isabel II a su periodo conocido como el Bienio Democrático. Al comienzo de la novela, la propia Robustiana Armiño la sitúa en los años previos a "la última exclaustración", es decir, al final del reinado absolutista de Fernando VII, que tuvo lugar entre 1834 y 1837 en medio del proceso de exclaustraciones, provocadas directa o indirectamente por el poder invasor de Francia y su influencia política. Este tenso contexto queda de manifiesto en la introducción de la primera entrega, en la que Armiño se muestra muy crítica con la población, llegando a afirmar que “en los pueblos españoles no se hacía nada, no se pensaba en nada”, mientras que en las ciudades:

> el juego y las intrigas amorosas absorbían casi todo el interés general, y por eso, hastiados de beber y cansados de jugar, concluían siempre los ociosos por hablar de las mujeres y referir extensas crónicas a cuál más escandalosas (p.14).

Evitando posicionarse abiertamente sobre política, Armiño señala también en la introducción de la novela que “ya se oía pronunciar de vez en cuando la palabra emancipación, y que se hacían varias alegorías a la libertad”, a lo que añade seguidamente que “un ruido sordo y continuado anunciaba al pueblo que España dormía ya sobre un volcán… pero aún dormía”. El hecho de que Armiño califique los antecedentes de la segunda exclaustración como “alegorías a la libertad” podría estar dejando entrever su posible inclinación hacia un cambio político contrario al absolutismo de Fernando VII, algo que, sin embargo, no la llevaría a posicionase a favor de las exclaustraciones, como puede sobreentenderse del siguiente pasaje:

> Aunque ya bastante avanzada en la primera mitad del siglo XIX, no había llegado aún la época de la última exclaustración, y las gigantes bóvedas de Santo Domingo y San Bernardo, habitadas después por una colmena de pordioseros, resonaban todavía con los cánticos de centenares de religiosos que, a sus muchas obras buenas, añadían la de cuidar con el mayor esmero los magníficos trabajos de cultura y de arquitectura que

encerraban sus claustros, tan bárbaramente profanados en nuestros días (p.14).

La novela transcurre enteramente en la ciudad de Salamanca, de la que se describen con cierto detalle algunas zonas urbanas, como los barrios de El Conejal y Los Milagros, calles como la de Herreros, San Pablo y Zamora, mencionándose también las inmediaciones del rio Tormes, sus puentes, el Convento de San Esteban o los palacios de la calle Trinidad. Robustiana Armiño, aunque natural de Gijón, residió de 1848 a 1859 en Salamanca, de donde era su marido, Juan de la Cuesta Cherner, y desde donde podría haber escrito sus colaboraciones para *El Correo de la Moda*. Del protagonismo que le otorga a Salamanca en la novela llama la atención la casi nula representación de la vida universitaria de la ciudad, un hecho que podría explicarse por tratarse de un mundo vetado a las mujeres.

En cuanto al hilo argumental central de la novela, este gira en torno a una detallada descripción de las adversidades y el sufrimiento extremo al que su personaje principal, Azucena, una joven obrera que trabaja como modista y que es conocida en su entorno como el Ánima Sola, debe enfrentarse sin disponer de recursos económicos ni redes familiares o sociales en las que apoyarse. A pesar de trabajar en un taller con otras jóvenes, Azucena no cuenta con más amigas ni familia que su abuela, una anciana discapacitada y dependiente a la que tiene que cuidar.

En la caracterización del personaje de Azucena, la protagonista de la novela, se hace hincapié en que el único patrimonio del que dispone la joven lo conforman su belleza y, sobre todo, su intachable “virtud”, atributos ambos de los que queda prendado don Félix de Salazar, un “aristócrata por nacimiento, elegante por costumbre, socialista por convencimiento”, conocido como “el mayor calavera de Salamanca” (p.28). Salazar, que no cree que la “virtud femenina” exista, hace una apuesta con sus amigos al conocer la intachable moral de Azucena: la joven caerá en la tentación del dinero, ya que, según apunta él mismo con aire fanfarrón ante sus colegas, “la virtud es hembra, y como ellas, coqueta y amante de lo bello…” (p.15).

La misoginia patente en el personaje de don Félix se ve acrecentada, además, por sus posiciones clasistas, llegando a afirmar en una de sus intervenciones que:

> pueda encontrarse alguna vez una sombra de virtud entre las favorecidas por el destino, que ni sufrieron privaciones, ni sintieron en su vida un deseo que no fuese satisfecho; pero la virtud necesitada, con el rostro bonito y veinte años de edad, es lo que la naturaleza ha hecho imposible (p.15).

El clasismo, con tintes edadistas[3], patente en el fragmento anterior, se refuerza en otros pasajes de la novela, entre los que cabe destacar por su elocuencia el siguiente, que también forma parte de la conversación que mantiene don Félix con sus amigos cuando están acordando los términos de su apuesta: "Dadme una criatura pura como un ángel, (…) y si es pobre, joven y hermosa, el oro la convertirá muy pronto en un ángel caído" (p.15).

Al igual que parece ocurrir con el clasismo e, incluso, con el edadismo, reflejados en el personaje de don Félix, la novela muestra también la impunidad de la que el racismo gozaría dentro del discurso público de la época. El personaje de la Gitana, la modista jefa de Azucena, de la que ni siquiera se menciona su nombre real, es presentada a las lectoras como "una mujer de mundo", "vieja", "envidiosa" y "apasionada por los militares de alta graduación, y por los estudiantes; de los primeros por el interés, y de los últimos por afición" (p.27). También se observa una cierta connotación racista en la descripción del personaje de Antonio, el joven del que Azucena está locamente enamorada, al que se presenta como "un jovencito alegre, de carácter vivo e impresionable, de tez morena y ojos castaños, pero de raza árabe" (p.22).

[3] A pesar de ser mayor de edad, trabajar y ser el sostén de su núcleo familiar, la juventud de Azucena es utilizada frecuentemente como una característica más mediante la que potenciar su victimización.

A pesar de que la mayoría de los personajes de la novela son mujeres, la ausencia total de redes de apoyo femenino es reseñable, al igual que también lo es la competencia que existe entre ellas. Las compañeras de trabajo de Azucena la ridiculizan constantemente por no poder permitirse mejores vestimentas; la Gitana, su jefa, no tiene remordimiento alguno en utilizarla siguiendo las instrucciones de don Félix; y doña Juliana, el ama de llaves de don Félix, la aborrece por su juventud y belleza, como hacía, no obstante, con "toda mujer que fuese hermosa y no pasara de veinticinco años; temible talismán que debía arrancar de sus manos el cetro del despotismo doméstico" (p.16).

El papel que la religión tiene en la construcción de la feminidad normativa encarnada por la protagonista, Azucena, es también un elemento clave en la novela. A través de ella, las lectoras son expuestas a la narrativa que construye a las mujeres honradas como abnegadas sufridoras que han de resignarse a padecer cualquier infortunio que el destino les depare, sin que aparentemente puedan hacer nada para remediar su suerte. Se edulcora así la intrínseca relación que parece existir entre ser una buena mujer, padecer y conformarse. Tras un largo calvario de soledad, sufrimiento y tentación, la "virtud" de Azucena queda restituida finalmente gracias a la intervención divina, que no solo impide su suicidio, sino que también interfiere mediante la figura de un prior para que la honra de la joven obrera quede intacta. Azucena es salvada por la religión, sí, pero solo cuando su sufrimiento la ha hecho desfallecer "rendida de fatiga y de hambre" (p.48).

La novela también deja entrever que la religión podía servir como pretexto para justificar actitudes clasistas mediante las que se construía la feminidad normativa que se presentaba a las lectoras, dándose a entender que las mujeres "favorecidas por el destino" podían permitirse "alguna vez una sombra de virtud", mientras que, como ya se ha notado anteriormente en las palabras de don Félix, "la virtud necesitada, con el rostro bonito y veinte años de edad, es lo que la naturaleza ha hecho imposible" (p.15). Mediante el concepto de "virtud" la religión se muestra como la única salvación a la que podían optar las mujeres obreras, mientras que las de buena familia sí que parece que podrían permitirse alguna vez el lujo de no ser virtuosas.

El convulso contexto social y político que Armiño deja entrever en la introducción de la novela se infiere también en las posiciones morales antagónicas que se construyen a través de los personajes de la historia. En este sentido, cabe destacar, por un lado, la contraposición entre la religiosidad normativa que se promueve en la novela a través de la protagonista, Azucena, y el "materialismo" o "la virtud del oro", es decir, la acumulación de riqueza propia del liberalismo que se desarrollaba ya en algunas zonas de Europa, en casi todos los demás personajes. Esta contraposición podría interpretarse como la moraleja que la novela ofrece a sus lectoras: si eres una buena mujer, es decir, cristiana y honrada, o "virtuosa", en términos de la propia Armiño, no te dejarás embaucar por la riqueza, o lo que es lo mismo, por el liberalismo. Azucena ejemplifica como "su ángel malo" la tienta en más de una ocasión para que acepte el dinero de don Félix como una solución rápida a las múltiples desgracias y al sufrimiento continuo a los que tiene que hacer frente. Sin embargo, "su ángel bueno" es más fuerte y, gracias a él, la joven puede salvarse tras la intervención divina, personificada además de en "su ángel bueno", en el personaje del prior. Por otro lado, y de nuevo contraponiéndose a Azucena, que encarna la feminidad hegemónica ensalzada a través de su juventud, su belleza y su supremacía religiosa y moral, encontramos a los personajes de don Félix, la Gitana y doña Juliana, el ama de llaves de don Félix. Estos tres personajes encarnan en menor o mayor medida la amoralidad y el liberalismo, con el personaje de don Félix descrito literalmente como "socialista" y "calavera", el de la Gitana como "aficionada" a los hombres y al "brillo" de los diamantes, y el de el ama de llaves como "envidiosa" y amante del lujo.

Finalmente, no parece ser una coincidencia que el título de la novela haga referencia a la imagen pagana, extendida en algunas regiones del ámbito católico, de una mujer que arde sobre las llamas que tiene a sus pies mientras está mirando al cielo. Existen múltiples interpretaciones de esta figura que, incluso no estando reconocida por la Iglesia y pudiéndose relacionar con la masonería, aparece representada en edificios de culto significativos como, por ejemplo, en forma de escultura en uno de los muros traseros de la catedral de la Ciudad de México. Las intenciones de Robustiana Armiño al elegir este título

para la primera de sus novelas que se publicaría en *El Correo de la Moda* quedan abiertas a la interpretación. En cualquier caso, podría tratarse de una mera estrategia comercial con la que conseguir atraer a un número mayor de lectoras, ya que la imagen podría tener también connotaciones y usos mágicos muy alejados de la doctrina católica (García Arias, 2010). Sea como fuere, lo que sí se puede afirmar es que *El Ánima Sola* fue la primera novela de una serie que convertiría a Armiño en una de las escritoras de folletines de referencia durante la primera mitad de la década de 1850.

NOTA SOBRE LA EDICIÓN

En la transcripción de esta novela se han realizado pequeñas intervenciones sobre el texto original publicado en *El Correo de la Moda* en 1853 con el objetivo de facilitar su lectura. Las más significativas han sido, por un lado, las relacionadas con la puntuación y, por otro, con la acentuación, habiéndose adaptado en todos los casos a las normas del español actual. Se ha intentado siempre que el mensaje original no se viese afectado por los cambios.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Armiño de Cuesta, Robustiana (1853). “El Ánima Sola”. *El Correo de la Moda*, número 20, pp. 155-158, Madrid.

—número 21, pp. 165-168, Madrid.

—número 22, pp. 172-175, Madrid.

—número 23, pp. 180-182, Madrid.

—número 24, pp. 187-188, Madrid.

—número 25, pp. 196-198, Madrid.

—número 26, pp. 203-205, Madrid.

—número 27, pp. 211-213, Madrid.

—número 28, pp. 219-221, Madrid.

—número 29, pp. 228-229, Madrid.

García Arias, Salvador (2010) Introducción. En Alejo Carpentier *Narrativa Completa, I. ¡Écue-yamba-ó!* Ediciones AKAL, 2-38.

Guglielminetti, Amalia (2018) *Las vírgenes locas*. Ediciones Universidad de Salamanca. Recuperado a partir de https://eusal.es/eusal/catalog/book/978-84-1311-188-9.

Palomo Vázquez, María del Pilar (2014) “Las revistas femeninas españolas del siglo XIX”. Reivindicación, literatura y moda. *Arbor*, 190(767), a130.

Pecharromán de la Cruz, Carolina (2024) “Las mujeres en la prensa de la segunda mitad del siglo XIX: redes de colaboración”. *Pasado y memoria: Revista de historia contemporánea*, (29), 160-184.

Martínez Arnaldos, Manuel (2007) “El cuento semanal: proyecto y proyección”. *Monteagudo. Revista de Literatura Española, Hispanoamericana y Teoría de la Literatura*, (12), 11–26.

EL ÁNIMA SOLA

Robustiana Armiño de Cuesta

CAPÍTULO I. El materialista

En uno de los cafés más concurridos de la antigua y cuanto ilustre ciudad de Salamanca se reunían todos los días cuatro o cinco amigos que, colocados en derredor de una mesa cuadrada cubierta con un tapete verde bastante raído, pasaban hora tras hora embebidos en el severo tresillo y la clásica secansa.

Aunque ya bastante avanzada en la primera mitad del siglo XIX, no había llegado aún la época de la última exclaustración, y las gigantes bóvedas de Santo Domingo y San Bernardo, habitadas después por una colmena de pordioseros, resonaban todavía con los cánticos de centenares de religiosos que, a sus muchas obras buenas, añadían la de cuidar con el mayor esmero los magníficos trabajos de cultura y de arquitectura que encerraban sus claustros, tan bárbaramente profanados en nuestros días.

En aquella época feliz, acaso bajo más de un concepto, la política entraba por muy poco en las conversaciones públicas, y cuando entraba, lo hacía en voz baja, y velándose como una niña proscrita que teme hacer su segunda salida en el mundo. Es verdad que ya se oía pronunciar de vez en cuando la palabra emancipación, y que se hacían varias alegorías a la libertad: es verdad que un ruido sordo y continuado anunciaba al pueblo que España dormía ya sobre un volcán… pero aún dormía.

En los pueblos pequeños no se hacía nada, no se pensaba en nada. En las ciudades, el juego y las intrigas amorosas absorbían casi todo el interés general, y por eso, hastiados de beber y cansados de jugar, concluían siempre los ociosos por hablar de las mujeres y referir extensas crónicas a cuál más escandalosas.

- Amigos—dijo uno de los jugadores, recogiendo los naipes arrojándolos sobre la mesa—basta de tresillo por hoy… ¿sabéis que aquella joven blanca y rubia como un querubín, se ha dejado prender en las redes de oro que el capitán de Guardia supo tender a su virtud?
- ¡Virtud! ¡virtud! —respondió con sarcasmo un opulento solterón, cuya pechera de encaje, adornada por diamantes, hacía adivinar a un aristócrata del antiguo régimen; ¡virtud! ¿Y creéis acaso en esa beldad mitológica?... ¡Ah!...¡ah! La virtud es hembra, y como ellas, coqueta y amante de lo bello… No me interrumpáis… Yo comprendo que pueda encontrarse alguna vez una sombra de virtud entre las favorecidas por el destino, que ni sufrieron privaciones, ni sintieron en su vida un deseo que no fuese satisfecho; pero la virtud necesitada, con el rostro bonito y veinte años de edad, es lo que la naturaleza ha hecho imposible.

No sorprendió tamaña blasfemia a los jugadores, acostumbrados sin duda a las disertaciones materialistas de don Félix de Salazar, que así se llamaba el solterón, y emprendieron una reñida polémica, que concluyó en ofrecerles don Félix un refresco magnífico si no conseguía en breve presentarles un ejemplo vivo de sus doctrinas filosóficas.

- Dadme una criatura pura como un ángel—dijo al fin levantándose y envolviéndose en los anchos pliegues de su capa azul—, y si es pobre, joven y hermosa, el oro la convertirá muy pronto en un ángel caído.

Era don Félix de Salazar de hermosa presencia y simpático rostro, bien que su edad frisaba ya en los cuarenta y cinco años, y que su barba, un tanto saliente, demostraba muy a las claras la falta de algunos dientes.

Aristócrata por nacimiento, elegante por costumbre, socialista por convencimiento, gastaba como los primeros chorrera de encaje y caja de oro; vestía como los segundos con todo el rigor de la moda; y entraba con el mismo desembarazo en los suntuosos palacios de la calle de la Trinidad, que en el más oscuro rincón del barrio de Los Milagros.

Franco hasta tocar en la prodigalidad, era al mismo tiempo ciegamente apasionado por las mujeres, y aunque como vemos, no creía en la existencia de la virtud, sentíase capaz de subir de rodillas las colinas de Roma por alcanzar una sonrisa de la mujer amada.

Su ama de gobierno, como casi todas las amas de los solterones, tenía en la casa un poder absoluto, basado en el antiguo cariño de su señor. Sin embargo, como sabía de memoria que sus dos antecesoras habían obtenido la misma privanza, siendo sucesivamente reemplazadas por otra más joven, doña Juliana, que así se llamaba el ama de gobierno, había concluido por aborrecer a toda mujer que fuese hermosa y no pasara de veinticinco años; temible talismán que debía arrancar de sus manos el cetro del despotismo doméstico.

Desde el día que se había suscitado la polémica acerca de la virtud, andaba don Félix inquieto, y como suele decirse, a la caza de aventuras. Su compostura rayaba en amaneramiento, y su rostro, en el que brillaba siempre la triple expresión de opulento, aristócrata y libertino, estaba más hermoso que nunca.

Paseábase una tarde con sus cuatro amigos de tresillo bajo la magníficas arcadas de la Plaza Mayor, ocupándose, como siempre, de juegos y amores, y estableciendo su paseo desde la acera que va desde la calle de Herreros a la de los Consejos, cuando llamó su atención un grupo de jóvenes costureras que, alegres y bulliciosas como palomas campesinas, se dirigían por los portales de la plaza hacia la embocadura de la calle de la Trinidad, hablando en voz alta y salpicando su animada conversación con ruidosas carcajadas y plácidas sonrisas.

Nada en verdad más seductor que la vista de aquel grupo de seres, al parecer felices, con sus veinte años, sus vestidos de colores fuertes y sus lindos cabellos cogidos graciosamente sobre las sienes en grandes rizos sujetos con doradas angulemas, según la moda de entonces.

- ¡Las modistas!—exclamó uno de los jugadores dirigiéndose a don Félix— ¡las modistas!¡Magnífico rebaño por cierto!

- ¡Excelente!—dijo el solterón examinando con ojos de Gavilán aquellas figuras esbeltas que tenían toda la flexibilidad de la primera juventud.

Los cinco amigos echaron a andar detrás del grupo, apretando el paso para poder llegar antes que ellas a la desembocadura de la calle.

Colocados bajo el arco que entraba a la calle de la Trinidad, contemplaban a su sabor la gentileza y donaire de aquellas hijas predilectas de la alegría del buen humor cuando el joven que había hablado antes les llamó la atención dirigiéndose hacia una de ellas, que cerraba el grupo, lindísima muchacha en quien no habían reparado hasta entonces.

Era una joven de unos dieciocho años, semblante angélico, con grandes ojos aterciopelados, y magníficos cabellos lisos cogidos sencillamente hacia atrás con un peine rojizo y deslustrado. Su vestido de lana negra, raído ya y apiezado por todas partes, solo podía servir en fuerza de un extremado aseo, y merced a un pañolón de lana verde que lo cubría en su mayor parte.

Esta joven formaba tal contraste con sus compañeras que no hubiera sido posible creer que tuvieran el mismo oficio, la misma edad y hasta el mismo taller. Los vestidos almidonados de sus compañeras llenaban los portales, el suyo la envolvía como un sudario, proclamando su escasez de ropas interiores; aquellas iban alegres y reunidas mirando a todas partes y contestando a todos, ella caminaba despacio sin mirar a ningún lado, sin mirar a nadie y siendo el objeto de las burlas de las otras, que no podían comprender una tristeza de dieciocho años. Lo único que llevaba en armonía con las demás eran las doradas angulemas que sujetaban sus grandes macetas de negros cabellos, porque ¿qué mujer joven y hermosa puede mirar con indiferencia su tocado por pobre que sea?

Los ojos de don Félix brillaron como dos carbunclos al ver aquella especie de sombra, y dando algunos pasos involuntarios hacia ella, dijo:

- ¡Qué hermosa es!

- ¡Bah! Chocheas—respondió riendo uno de los otros—. Es una cara fría sin expresión… a propósito para una estatua de la melancolía.
- Nada más picante —añadió otro joven—que los apodos con que se distinguen a esas divinidades de taller… el vulgo la llama Azucena, pero sus compañeras la han bautizado con el nombre de Ánima Sola.

Los otros tres acogieron esta bufonada con una carcajada de las más insolentes.

- Luego, ¿la conocéis? —preguntó don Félix.
- ¡Vaya si la conozco! Es una huérfana que trabaja de modista en el taller de la Gitana; es una beldad de las pocas que anidan en El Conejal; fría e insulsa como las estatuas de la Catedral Vieja.

Salazar respiró. Fascinado por aquel rostro candoroso lleno de bondad, tenía celos de todos los que la hubiesen amado hasta entonces.

- ¿La Gitana? —exclamó al fin como recordando…—¿esa modista tan elegante?
- La misma, don Félix, y por cierto que Ánima Sola es, merced a su indiferencia, un ejemplo vivo de la virtud que os obstináis en negar hace pocos días.

Don Félix frunció las cejas. En aquel momento no se acordaba de la palabra dada; era en verdad vergonzoso haberla olvidado. Radiante de gozo al ver la buena ocasión que se le preparaba, iba a pedir a su joven amigo que lo presentase en el taller, cuando recordó y dio un grito de alegría, exclamando:

- ¡Ah!... ¡la Gitana! ¡Magnífico! Es la modista de mi ama de gobierno… Señores, acepto el desafío… Azucena… ¿lo entendéis? Azucena, la insensible, el Ánima Sola… Bravo… ¡Viva la virtud!…

Entretanto nuestras jóvenes modistas habían pasado ya toda la calle de la Trinidad, y formando un corro para despedirse, se hallaban detenidas al final de la calle. Azucena se había reunido con sus compañeras.

Los cinco amigos empezaron entonces a subir la calle, pero antes que se acercasen a ellas, el grupo de las jóvenes se deslizó y cada una marchó en dirección diferente. Azucena subió sola toda la calle de Zamora y se internó después en el laberinto de callejuelas propiamente llamado el Conejal.

Momentos después era completamente de noche.

CAPÍTULO II. El Conejal

En una orilla de la ciudad de Salamanca, tocando ya la antigua y caduca muralla, hay un barrio mezquino, formado por una multitud de casas bajas y de sucio aspecto, cuyas desvencijadas puertas y escasos ventanillos adornados con una faja de blanco le dan todo el aire de una miserable aldea, incrustada entre dos pobres feligresías. Este barrio irregular y sombrío lleva el nombre de El Conejal y en una de sus miserables casas vivía nuestra Azucena, nuestra Ánima Sola.

Cuando ésta llegó a la entrada de su pobre choza, en la tarde que dijimos en nuestro anterior capítulo, empujó suavemente una puertecilla en que había una cruz pintada groseramente con cal; y desapareció por una puerta que se veía a la izquierda.

Esta puerta daba a la única habitación que había en la casa. Una cama de madera tosca, compuesta de un jergón de paja, y cubierta con una mala manta y dos sábanas groseras, un arca de pino ennegrecida ya por los años, y dos o tres banquillos de madera sin pintar componían todo el mueblaje de aquella pobre casa.

De pared a pared había una cuerda, en la que estaban colgadas una toalla y una basquiña de tela negra bastante ordinaria.

En el fondo del pasillo, y oscura como la boca de una mina, estaba la desierta cocina, de donde aquella hermosa joven salía todos los días con los ojos hinchados por el humo.

Al ruido que hizo Azucena al entrar en casa, levantose de uno de los banquillos una viejecita de poca talla, y al parecer casi ciega, pues echó las manos hacia adelante, como queriendo buscar algo que entraba.

- ¡Ah! Eres tú, niña—dijo acercándose a la joven—ya estaba impaciente, ¡porque está tan oscuro!... Anda, trae pronto una luz.

Azucena respondió como forzadamente algunas expresiones afectuosas y salió, volviendo a poco rato con una vela de sebo puesta en un candelero de hoja de lata, que colocó sobre el arca, y se sentó en uno de los banquillos con aire un poco mohíno.

- ¿Qué es eso, niña? —le preguntó la anciana sorprendida—. ¿Como tan callada?
- Es que…es que…—respondió la joven tartamudeando—, no todos los días del año son iguales, abuela.
- Pero ¿qué te ha sucedido, hija mía? Tú que nunca estás de mal humor…

La muchacha bajó la cabeza y no respondió.

- Pero dime, por Dios, ¿qué te sucede?

Por toda respuesta, la joven dejó rodar por sus mejillas dos gruesas lágrimas.

- ¡Gran Dios! —exclamó la abuela asustada— ¿qué te sucede?

Azucena se levantó, y estrechando con ternura la mano de su abuela, dijo:

-Nada, no me ha sucedido nada—le dijo haciendo un esfuerzo para sonreírse.

Pero las lágrimas que brotaban en sus ojos cayeron sobre las manos de la anciana, que se retiró hacia atrás diciendo con acento de reconvención:

- ¿Lloras? ¿Lloras? ¡Ah! Mariquita, algo hay aquí que yo no comprendo.
- Abuela—contestó la muchacha sollozando—, el invierno se acerca y las dos necesitamos abrigo. Yo, joven y robusta, podría acaso soportar el frío; pero vos, débil y anciana, ¡oh! mal podréis soportarlo.
- ¿Y por eso lloras, hija mía?
- Escuchad; hoy, esta mañana, cuando salíamos del taller, estuve en la tienda donde pagaba dos pesetas al mes en descuento de nuestra ropa, y al pedirles para vos un pañuelo de paño, o una manta sayaguesa, me han vuelto la espalda encaminándome a otro comercio.
- ¿Cómo? ¿Pues no se mostraban siempre tan buenos contigo?
- Sí, pero no quieren darme más, porque hace cinco meses que no hemos podido pagar las dos pesetas. Los gastos que hemos tenido que hacer con vuestro mal de ojos nos lo ha impedido.
- ¡Ah! ¡Pobre hija mía!... Yo soy la causa de todas tus desgracias. ¿Cómo te vestirás ahora? Porque pagar esa deuda es imposible… ¡imposible!…
- ¡Imposible! —repitió la joven con acento desconsolador—, porque nada podemos vender que valga dos duros.

La anciana levantó los ojos hacia la basquiña negra que colgaba de la cuerda, y sonrió como un ciego que vislumbra la claridad; pero Azucena, que comprendió su pensamiento, hizo un gesto tan expresamente negativo, que la vieja se encogió de hombros y calló.

Luego, recorriendo con la vista las paredes desnudas, escondió la cabeza entre sus manos descarnadas y empezó a llorar sordamente.

- Ánimo, abuela, ánimo—le dijo la joven costurera acercándose a ella y abrazándola con amargura—. Al fin, después de tantos días oscuros, vendrá Antonio, y…
- Y estaré yo en otro mundo mejor, porque ¿cómo crees que yo pueda vivir cinco años? ¡Ah! Esta idea me mata más pronto. ¡Sola, joven y pobre… María!... He visto a tantas ceder a la tentación…

A esta idea que no se le había ocurrido jamás, la joven dio un salto como una liebre herida, y se echó a llorar en brazos de su abuela.

Azucena, a la que su abuela llama comúnmente María, no tenía más parientes ni más apoyo que aquella anciana pobre y medio ciega.

Su padre, antiguo empleado en Rentas Reales, que se había casado enamorado con una hija de aquella pobre panadera, la había dejado huérfana a la edad de diez años, viéndose la joven madre y viuda sola obligada a guarecerse a la sombra del hogar materno con su graciosa hija, a la que por un capricho de la madrina habían puesto el nombre de Azucena.

Era esta niña gallarda y flexible como una palmera, de mirada fija e inteligente, y sabía leer y escribir desde sus primeros años con la mayor perfección.

Al principio lloraba sencillamente al verse escondida en una pobre guarida de El Conejal, luego se cansó de llorar y pasaba el día escribiendo y leyendo al pie de la ventanilla de rejas. La necesidad la obligó por fin a entrar en un taller de modistas y concluyó por acostumbrarse al trabajo, a los vestidos pobres, y a las privaciones permanentes que experimentaban las familias que vulgarmente llamamos vergonzantes.

Casi al mismo tiempo que a Azucena y a su madre había recogido la pobre panadera a un sobrino suyo, huérfano también como ella, y que contaba apenas dos años más de edad.

La uniformidad de conocimientos, de gustos, y hasta de caracteres, hizo nacer entre los dos jóvenes una intimidad que, trocándose más tarde en cariño, hizo concebir a las dos viudas los más halagüeños proyectos; proyectos que la suerte se gozaba en deshacer como castillos de naipes.

Antonio era un jovencito alegre, de carácter vivo e impresionable, de tez morena y ojos castaños, pero de raza árabe, y sobre todo tenía la boca más graciosa del mundo, entreabierta casi siempre para sonreírse.

Azucena, alegre también, pero de una belleza más severa, era seria en sus modales, en sus gustos y hasta en sus alegrías.

Su carácter noble y enérgico arrastraba el carácter simpático de Antonio como el imán a la aguja; Antonio era su sueco, su satélite, su sombra, pero el eco de la adulación no era satélite fingido, sino el reflejo genuino de su carácter, resumido entero. Y no se crean que para amoldar su genio al de la joven había tenido necesidad de grandes esfuerzos de abnegación, ni de sufrimiento, porque hallaba un placer real, una satisfacción sin límites, en adivinar sus deseos y en admirar sus perfecciones.

Colocado desde la edad de doce años en el escritorio de un opulento comerciante, ganaba un sueldo mezquino, en verdad, pero que unido al jornal de Azucena y a la continua fatiga de la panadera les permitía ir pasando una vida llena de privaciones, pero honrada.

Un día, la madre de Azucena, que no había podido consolarse de la pérdida de su esposo, dio una caída terrible, caída que puso en peligro su vida, minada ya por los disgustos, y por su constitución débil y enfermiza.

Bien fuese efecto de su caída, bien de los pocos medios y asistencia que podían prodigarla, la enferma luchó algún tiempo con la muerte, hasta que por fin expiró en el momento en que su cariñosa y anciana madre, creyéndola ya mejor, se acercaba a la cama para enseñarle una gallina, debida a la caridad de una amiga.

La infeliz, al ver a su hija caer sin vida sobre los almohadones, que eran el único recuerdo visible de su vida pasada, empezó a gritar como una loca, reuniendo en un momento a todos los curiosos del vecindario. Eran las doce; Azucena, que desembocaba entonces por la calle, de vuelta de su taller, contempló un momento con asombro aquella multitud agrupada en derredor de su puerta y de la ventanilla de rejas, por la que los curiosos se esforzaban en distinguir algún objeto; pero a medida que se iba acercando le iban faltando las fuerzas para

llegar, sus piernas flaqueaban, su voz se entorpecía, y sus temores tomaban mayores proporciones.

Los gritos entrecortados de la anciana llevaron a los oídos de Azucena la triste nueva, en el momento en que rompiendo por entre la gente atravesaba el dintel de su casa; y entonces, pálida, convulsa, con toda la ansiedad del que se ahoga de dolor, quiso huir, pero en el momento de poner el pie en la calle se encontró con Antonio, que volvía también de su trabajo, y se arrojó a su cuello llorando.

- Al fin—exclamó con voz ahogada—, al fin ya nada tienes que envidiarme, todo lo he perdido.
- Sí—respondió Antonio conduciéndola hacia una casa vecina—, un capricho más de la suerte que ha querido hacernos iguales en un todo. ¡Ánimo! Ya estamos solos en el mundo; solos, como la desgracia, que ningún amigo tiene.

CAPÍTULO III. La partida

Aturdida Azucena con la inesperada muerte de su madre, ni siquiera se había acordado de volver todavía al taller, cuando la noticia de que Antonio, a quien meses antes había tocado la suerte de soldado, iba a marchar para el ejército, puso en peligro su pobre razón. Apoyo, amor, esperanzas, todo, iba a desaparecer de su alrededor, quedando a más de sola, encargada de cubrir las necesidades de dos personas, pues su abuela, vieja y enferma, empezaba a necesitarlo todo, sin poder subvenir a nada.

Azucena estuvo a punto de volverse loca, y solo las continuas reflexiones de Antonio, lograron darle resignación y fuerzas para aguardar mejores días.

El día señalado para la marcha de Antonio llegó al fin, y con él, la hora de la desolación para aquellas pobres mujeres, que no perdonaron gasto ni fatiga para endulzar la suerte del honrado joven quien, al sentimiento de separarse de su

amada y su segunda madre, reunía el de dejarla sin más apoyo que el mezquino jornal que Azucena recogía semanalmente de manos de la Gitana.

La abuela se despidió de él dos y tres veces, abrazándole y llorando con la mayor ternura; pero no tuvo valor para verle partir.

- Yo, yo voy a despedirte, Antonio—le dijo Azucena envolviéndose en su pañolón de los días de fiesta—; nunca me consolaría de no haberte dado el último adiós, cuando por la primera vez vas a dejar el pueblo donde viste la luz.

Al verla disponerse a salir, cualquiera hubiera ya creído que estaba serena, si su respiración fatigosa y el círculo morado que rodeaba sus ojos no desmintieran su aparente tranquilidad.

Los dos jóvenes salieron por fin a la calle en medio de los gemidos de la infeliz abuela, y cruzando toda la ciudad por los barrios más excusados para no ser vistos por los amigos de Antonio, tomaron el magnífico puente que cruza el cristalino Tormes, y salieron a un pequeño Arrabal que hay al otro lado, dónde se reunía el destacamento que había de conducir a todos los que habían salido soldados.

La vista de aquella tropa hizo en Azucena la misma impresión que el patíbulo a los ojos del reo. Todo su valor desapareció con la prontitud de una descarga eléctrica; su rostro estaba lívido y sus piernas temblaban horrorosamente.

- ¿Me olvidarás?—balbuceó deteniéndose de repente y apoyándose maquinalmente en el brazo de su amado.

Antonio no pudo hablar… sacó de uno de sus dedos un anillo de plata lisa, sin adornos, y lo colocó en la mano derecha de Azucena, mirándola con una expresión indefinible. Nunca le había parecido tan hermosa.

- ¡Adiós!—murmuró al fin estrechando tiernamente una de sus manos.

- ¡Adiós!—respondió Azucena con los ojos preñados de lágrimas. Y no sintiéndose con fuerzas para presenciar aquella larga separación, volvió a pasar el puente, corriendo y sin mirar hacia atrás, procurando contener su llanto hasta llegar a casa.

Cuando llegó al extremo del puente, que toca ya con la ciudad, parose la joven de repente. Se apoyó un momento en el antepecho, y dirigió una ansiosa mirada por todo el arrabal lejano. Estaba ya desierto. Entonces, pálida y quebrantada, volvió a tomar el camino de la ciudad, que tenía que atravesar toda entera.

El día declinaba, y a medida que se ocultaba el sol, dorando con sus últimos reflejos las elevadas agujas de la catedral, se elevaba de en medio del pueblo el sonido melancólico de mil campanas, especie de canto místico que llamaba a los fieles para recordarles las últimas oraciones.

Al cruzar Azucena, triste y sola, la larga y sombría calle de San Pablo, la campana de Santo Domingo vino a vibrar en el oído con el acento más dolorido, y cediendo al sentimiento religioso, que se anida siempre en el corazón de los desgraciados, torció su dirección, y entró en el magnífico templo de San Esteban, dónde pasó largo rato orando con toda la perseverancia del que cree y espera.

Un religioso subió lentamente las escaleras del altar, y recitó con voz clara y severa el Avemaría. El murmullo de algunas voces contestó desde los ángulos y recodos de la iglesia. Era casi de noche. El religioso volvió a bajar los escalones y desapareció por una puerta de la iglesia, que sube al interior del convento, y los pocos fieles que habían acudido aquella tarde desaparecieron también silenciosamente, sin que Azucena hubiese notado que quedaba sola.

La pobre joven estaba de tal manera conmovida que apenas podía coordinar en la memoria las oraciones más vulgares. Ya empezaba por centésima vez el Avemaría, cuando el ruido que hacía el Sacristán registrando los rincones de la iglesia le advirtió que iban a cerrar las puertas.

Levantose entonces sobresaltada, procurando recordar la hora en que había entrado allí. Solo entonces reparó en que el día había terminado.

-¡Ah! ¡Mi abuela! ¡Mi pobre abuela sola!

Bajando precipitadamente la escalinata atravesó de un vuelo la ciudad y llegó a su pobre casa, oscura y solitaria guarida en la que solo se oía el gemido ahogado de la pobre anciana, que la recibió en su brazo anegada en llanto.

Desde aquel día se efectuó en el carácter de Azucena un cambio notable. Esquiva para con sus amigas, huyendo de todas las distracciones como de un incendio, apenas levantaba del suelo sus hermosos ojos adormecidos por el pesar, y de su rostro pálido habían desaparecido a la vez los colores y la sonrisa.

Poco a poco, las ropas de Azucena se fueron usando sin haber sido reemplazadas por otras nuevas; su abuela, anciana y enfermiza, tenía cada día mayores necesidades, y al cabo de los dos años qué habían pasado desde la marcha de Antonio, la casa de la panadera no encerraba más muebles ni riquezas que el pobre ajuar que ya hemos descrito al principio de nuestra historia.

Y tal era la posición de Azucena en la tarde de que hemos hablado, cuando siguieron sus pasos Salazar y sus amigos.

CAPÍTULO IV. La Gitana

Apenas se había separado don Félix aquella noche de sus amigos de café, dirigiose apresuradamente a la casa e interrogó con el mayor cuidado a doña Juliana, su ama de llaves, acerca de cuánto tenía relación con la modista, aunque afectando que hablaba solo para matar el tiempo. Se durmió al fin cansado de combinar una multitud de planes, a cuál más descabellados, que había ido desechando a medida que los formaba, por impracticable los unos, por faltos de interés los otros.

Amaneció el siguiente día, claro y radiante como uno de los más bellos de otoño; se veían abiertas y concurridas todas las tiendas, limpios y brillantes los ricos comercios de quincalla, y las modistas, esas vírgenes locas, como las ha llamado un escritor de nuestros días[4], se encaminaban a los talleres, desplegando sus pañuelos abigarrados y sus basquiñas cortas y ondulantes.

A pesar de su habitual pereza para levantarse, aún no habían dado las siete, cuando ya se había presentado don Félix en el elegante taller de la modista. Había sido esta una arrogante moza, llena de carnes, blanca como la leche, y con lindos cabellos rizados, apasionada por los militares de alta graduación, y por los estudiantes; de los primeros por el interés, y de los últimos por afición. Majestuosa como una reina, dócil como una paloma, y compasiva como una hermana de la caridad, era sobre todo mujer de mundo, que no se dejaba deslumbrar por niñerías ni adulaciones.

Envuelta hasta la edad de treinta años en las más ruidosas aventuras, la Gitana no podía resignarse a bajar completamente del pedestal en el que la habían colocado sus desenfrenos. Aunque retirada ya como adorno, cuya moda pasó, el amor seguía siendo su ídolo, su vida, su recuerdo incesante; por eso no había muchachas más bellas que las de su taller, por eso el libertino que tratase de llevar a cabo la conquista de alguna de ellas podía estar seguro de encontrar en el alma de la casa un apoyo firme y decidido, un móvil, las más veces desinteresado, porque la Gitana no ambicionaba otra dicha que la de verse siempre rodeada de intriga amorosa que la rejuveneciera y embriagara, como si ella fuese siempre la protagonista.

La Gitana de hoy era una mujer que solo conservaba de sus buenos tiempos la buena talla, la elegancia y la habilidad de representar con igual perfección todos

[4] No se tiene constancia de ningún proyecto editorial similar al que comenta Robustiana Armiño en los años anteriores a la publicación de *El Ánima Sola*. En 1907 la escritora italiana Amalia Guglielminetti publicó el poemario *Le vergini folli*. Según Arriaga Flórez, autora de una edición crítica con traducción al castellano publicada en 2018, el poemario obtuvo un gran éxito, causando también un notable escándalo. Posteriormente, ya en 1886, el periódico de corte humorístico y satírico *El Madrid Cómico* comenzó a publicar a modo de juego literario una novela llamada *Las vírgenes locas*, que acabaría teniendo un epílogo y diez capítulos, cada uno de los cuales fue firmado por un escritor diferente, siendo uno de ellos Leopoldo Alas “Clarín” (Martínez Arnaldos, 2007).

los papeles; desde el de la señora timorata, hasta el de la más repugnante tercera; desde la más leve sonrisa, hasta el amargo llanto de la desesperación. Por lo demás, pálida, arrugada ya, y casi sin dientes, conocía que inspiraba poco por sí misma, y que, para ocupar todavía algún lugar en el mundo, necesitaba rodearse de la juventud y la inocencia que para siempre había perdido.

Al ver a la Gitana tras presentarse por primera vez en su casa y saludarla con la mayor amabilidad, don Félix examinó rápidamente sus propias gracias, recordando que él mismo había cumplido ya cuarenta años, y que no era ella la que hacía presentarse tan temprano en el taller al mayor calavera de Salamanca.

Después de haber ofrecido a Salazar un asiento de tijera, y de haber admitido este sus excusas por presentarse tan temprano, dijo:

- Y vamos a ver, caballero, ¿qué se le ofrece? —le preguntó con el tono de una persona que conoce lo que va a decirle.
- Una friolera, señorita, un traje para doña Juliana… mi ama de gobierno, ¿entendéis? Vos corréis con todo, comprar la tela, los adornos, ¿eh? Luego, no tenéis más que ponerme la cuenta… es una sorpresa que quiero darle, un traje de lujo para ir a los toros.
- Bien, muy bien—dijo la modista con calma—ahora hablemos de otra cosa, si gustáis…Pero…perdonadme… añadió enseguida afectando la naturalidad más encantadora; mi habitual franqueza me había hecho olvidar que os veo en mi casa por primera vez.
- ¡Señorita! —dijo Salazar algo turbado—, nada más grato para mí que tener el honor de hablaros, y puesto que al parecer no os ofende mi presencia…
- No, no, señor—respondió la Gitana levantándose— podéis retiraros cuando gustéis, ¿qué derecho tengo yo sobre vuestro tiempo para molestarlos con una conversación frívola que nada os interesa? Adiós, pues, dentro de pocos días tendréis el traje que deseáis.

La Gitana se dirigió hacia la puerta de la habitación, haciendo ademán de quererla abrir para dejar salir a don Félix, que no sabiendo como anudar la

conversación comenzada, se decidió a plantear la cuestión de frente y sin más rodeos.

- Aguardad—dijo deteniéndola con ademán suplicante—, aguardad, porque tengo mucho que deciros.
- ¿A mí? —preguntó la modista volviéndose con admiración y tomando la actitud de reina, —¿a mí?
- Sí, a vos, señorita.

La Gitana se sonrió y se encogió de hombros, dejando a Salazar embarazado como una estúpida.

- Sí, y espero que tengáis la bondad de referirme todas las circunstancias que sepáis de la vida de una pobre joven de las que trabajan bajo vuestra dirección.
- Señor—respondió maquinalmente la modista—, esas jóvenes, son todas pobres, hijas de la desgracia, y si no me decís su nombre…
- ¡Azucena! —murmuró don Félix, ruborizándose a pesar suyo.
- ¡Azucena! ¡Ah! ¡Señor! Esa joven es un ángel en la tierra, un modelo de virtud, una personificación de la desgracia... ¡Si supieseis como yo cuán amargas son las horas que pasa esa criatura! Bendita sea la riqueza que se emplee en protegerla, porque es muy infeliz. ¿La conocéis?
- Sí, señora… no… no más que de vista.
- ¡Ah! En ese caso preguntáis por mera curiosidad.
- Es que me han dicho que es una pobre huérfana, de El Conejal, una infeliz que necesita un socorro mejor que otra alguna—dijo don Félix mirando fijamente a la modista, y haciendo brillar a sus ojos un diamante magnífico que ostentaba en la mano izquierda.

Atraída por aquel reflejo la Gitana dio algunos pasos hacia el centro de la habitación, señaló a don Félix un taburete, y entornando la puerta se sentó en una silla de brazos en ademán de prestar toda su atención.

Don Félix guardaba silencio, meditando el medio más corto de hacerse entender ante aquella mujer que, a su parecer, había mordido el anzuelo.

- Y bien—dijo la modista con una bondad adorable—, ¿qué era lo que tenéis que decirme acerca de esa infeliz?

Salazar acercó su asiento al de la Gitana, tartamudeo algunas palabras, y al fin improvisó una larga relación de sus riquezas, de su posición envidiable, y del loco amor que le había inspirado Azucena; invención que acababa de sugerirle la expresión bondadosa de honradez, que brillaba el rostro de aquel camaleón femenino.

Pero contra todo lo que don Félix esperaba, el rostro de la modista se contrajo, cubriéndose de un encarnado vivo, mitad rubor, mitad cólera, y no pudiendo refrenar su disgusto, exclamó levantándose.

- ¡Ah! Con que estáis enamorado…

Pero la maliciosa sonrisa que asomó entonces a los labios de don Félix estuvo a punto de desconcertar por completo a la pobre mujer. Celosa todavía, comprendió que el solterón había comprendido su debilidad, y procurando remediar en lo posible su desacierto, añadió sentándose de nuevo y procurando serenar su voz alterada.

- Señor… no extrañéis nada… El mundo me ha hecho ya tan incrédula que dudo de todo.

Don Félix no cedió un ápice del terreno que ocupaba, y comprendiendo que por falsa que fuese aquella mujer, no había de poder interesarla mejor en su favor que haciendo a su vista la confesión de un amor verdadero. Insistió y tanto rogó y suplicó, que al fin obtuvo de la admirada Gitana que influiría en el ánimo de Azucena para que correspondiese a su amor, única felicidad a que aspiraba.

Las frases de Salazar eran tan finas, tan sostenidas y tan bien expresadas, que engañada la Gitana acaso por primera vez, empezó a creer en la posibilidad de aquel amor. Cuando don Félix colocó en sus dedos el magnífico diamante, que

tanto la había deslumbrado, estuvo a punto de rehusarle, avergonzada por su propia conciencia.

- No, no, señor—le dijo visiblemente conmovida—, harta recompensa será para mí el haber contribuido a vuestra buena acción.

Por sinceras que fuesen en aquel momento sus palabras, don Félix las escuchó con indiferencia, obligándola de nuevo a recibir el precioso anillo. Hombre de mundo, no se dejaba engañar con facilidad; libertino antiguo, conocía perfectamente la larga historia de la Gitana para no conmoverse con sus lágrimas ni su sonrisa.

- ¡Eh!¡Eh! ¡Señora modista!—murmuró Salazar luego que hubo salido de la casa de la Gitana—. Habéis caído en la red, vos que no os dejabais engañar por todo un ejército…

- ¡Dios mío!—pensaba la Gitana, hundida en su silla de brazos—. ¿Qué pensar de este hombre? ... ¿La ama? ¡La ama!... No eran así los de mi tiempo.

Y añadió después de un momento de reflexión:

- ¿No podría ser todo una superchería?... Y bien, ¡que sea! Su alma, ¡su palma!

Encogiéndose de hombros se levantó y entró a toda prisa en el taller donde la aguardaban la mayor parte de sus graciosas oficialas.

CAPÍTULO V. La virtud del oro

Cuando la Gitana se encontró en el taller con la pobre Azucena, que levantaba dulcemente sus negros ojos para saludarla, no pudo reprimir un sentimiento de envidia que estuvo a punto de traslucirse en sus ojos negros y brillantes todavía, como los de una lechuza.

¡Oh! Aquella joven con su vestido raído y apiezado, su mantón desteñido y su inocencia, era sin duda mucho más rica que lo había sido nunca la Gitana con sus vestidos de raso y de terciopelo.

¡Ser amada! Idea que espeluznaba de rabia a la reina de las coquetas; ¡amada! Y ¿por qué? Porque sin duda valía más que ella, porque sin duda esa virtud que había hollado con los pies desde sus primeros años era todavía respetada en el mundo por los mayores calaveras.

La Gitana recurrió para calmarse tras la idea que se le había ocurrido momentos antes; pensó que todo podía ser una superchería, una red que le extendiese a ambas, e hizo en su corazón los más ardientes votos porque aquella idea se realizase.

Luego contempló el magnífico diamante que llevaba en el dedo, y recordando con amargura que en el día solo podía ya representar ciertos papeles, se consoló con cuanto más honrada fue ser la mira de don Félix, tanto más honrosa era su mediación en este asunto.

Apenas la Gitana hubo arreglado sus vestidos, y trazado a cada una su labor, habló, como siempre, de la obra que había de preparar, y se deslizó en elogios acerca de un caballero tan rico como bondadoso, que pasaba los días averiguando las desgracias ocultas para remediarlas en cuanto fuese posible.

San Juan de Sahagún y San Vicente Ferrer, objetos de la devoción salmantina, eran al decir de la modista los modelos que aquel hombre excelente se había propuesto seguir, y para que nada faltase a su virtud, la calumnia, que nada respeta, se había atrevido a dejar alguna vez sus buenas acciones, y su generosidad sin límites.

- ¿Y no sabéis cómo se llama?—preguntaron a la vez dos o tres muchachas de las más curiosas.

- Don Felipe Salazar—dijo la Gitana deteniéndose entre cada sílaba, como si temiese verse desmentida.

En efecto, aunque ninguna de las costureras se atrevió a dar a su maestra un solemne “mentís”, las ruidosas carcajadas y grosera burla con que acogieron aquel nombre hicieron comprender a la Gitana que el terreno estaba todavía mal preparado, y que la menor tibieza de su parte bastaba para derribar al ídolo.

- Don Félix de Salazar—repitió la Gitana un poco picada—, una de las almas más nobles y generosas.
- Sí, sí, señora—respondió con sarcasmo una jovencita blanca y rubia como una irlandesa—, muy generoso, sobre todo para con sus amas de gobierno.
- Y para con los pobres—, replicó la Gitana con más energía.
- Sí… señora, con las pobres hembras.
- Y con los incurables, y con las arrepentidas… y con los expósitos…y ¿qué sé yo?

La Gitana hablaba cada vez con más fuerza, con más entusiasmo, y al parecer con demasiada verdad para ser creída.

A más de las cuantiosas limosnas que don Félix hacía repartir a los ancianos y vergonzantes, el hospicio acababa de recibir más de tres docenas de sábanas. Tan repetidas pruebas de virtud tuvieron de borrar al fin la impresión desfavorable que su nombre hiciera en las modistas, y ligeras en sus juicios, como lo somos todos en la juventud, pensaron ya sin espanto ni burla en aquel calavera, que tenía escandalizaba a toda Salamanca.

Después que hubo conseguido su objeto, la Gitana volvió a sus conversaciones habituales, y no se habló más de don Félix en el resto del día.

A la mañana siguiente presentose de nuevo en el taller, elegante y perfumado, disfrazando su edad a las mil maravillas, y distribuyendo entre las costuras de plácida sonrisa lindos ramilletes de flores de otoño.

Su animada conversación con la Gitana, la franqueza con que se estableció en una de las sillas de tijera, y sobre todo el descaro con que lo examinaba todo, desde los figurines hasta las muchachas, hicieron creer a estas que Salazar era un antiguo amigo de su señora, opinión que se confirmó entre ellas cuando la Gitana les ordenó que aceptasen francamente los elegantes ramilletes del solterón.

Aunque en aquel día no hubiese hecho doncel ni grandes distinciones entre las modistas, susceptibles a estas como jóvenes solteras, notaron con pesar que el caballero fijaba con frecuencia sus ojos en el rostro triste y casi dolorido del Ánima Sola, que al parecer ignoraba completamente su preferencia sobre las demás. Poco a poco las distinciones se fueron haciendo más marcadas; las visitas del solterón al taller más frecuentes, y los celos de las muchachas inevitables, porque los obsequios de don Félix eran nobles y respetuosos como los del amante más verdadero.

A pesar de su indiferencia para con todo lo que la rodeaba, Azucena hubo de comprender que era ella el principal objeto de aquellas atenciones, y se refugió en el pensamiento de Antonio como en un santuario, manifestando a Salazar la indiferencia más completa.

En este estado se hallaban las cosas cuando al fin se dio por concluido el traje del ama de gobierno, y avisado don Félix por la Gitana para que señalase la hora en que aquella no estuviese en casa, señaló la de las diez y media de la mañana del día siguiente.

La Gitana, como dijo muy bien don Félix, había mordido perfectamente el anzuelo, y ni sus numerosos lances de amor ni su escuela del mundo habían sido suficientes para hacerla conocer si pisaba o no sobre un terreno falso. Pero forzada a creer en un amor que tanto la humillaba, no quiso desperdiciar cuantas ocasiones se le presentasen de poner a prueba la envidiada virtud de la joven huérfana.

Llegó al fin la aplazada semana, y después de haber arreglado perfectamente el vestido de seda verde en un canastillo, la Gitana llamó Azucena y se lo entregó con un papelito en que iba escrita de su puño la minuciosa cuenta de su importe. Avergonzada la muchacha por la maliciosa sonrisa de sus compañeras, se levantó encendida como una amapola y balbuceó algunas excusas para que eligiese a otra compañera para aquel encargo.

La Gitana reprendió a la costurera y se burló del rubor de Azucena. La joven se abochornó de nuevo, pero viéndose obligada a obedecer, tomó la canastilla y salió del taller casi temblando.

Pocos minutos después una mano tímida y delicada hizo resonar por dos veces el llamador de bronce de las puertas de Salazar, y una joven hermosa, aunque pobremente vestida, se apoyaba contra la pared para que abriesen.

La enorme puerta del patio se abrió, apareciendo en ella una viejecita muy retocada y prendida, cuya cabeza cubría, a guisa de mantilla, un chal de lana ordinaria, a la que dan el nombre de sayaguesa.

- Señora doncella—dijo Azucena esforzándose en dar a su palabra toda la dulzura posible—¿está el señor en casa?
- ¡El señor! Eh…eh… ¡lindo juego! ¡El señor para entregarle ropa! Ah… bribonzuela, ¡qué bien habéis atisbado que doña Juliana está en Santo Domingo!

Azucena no respondió, y solo aguardaba a reponerse un poco para huir. Pasose la mano por la frente, como si quisiera borrar de su memoria lo que acababa de oír, y daba ya un paso para marchar cuando se sintió detenida por una mano vigorosa que la arrastró suavemente hacia adentro.

- ¿A dónde vais?—murmuró al mismo tiempo a su oído una voz dulce conmovida.

Azucena respiró, volvió apresuradamente la cabeza y exhaló un grito al verse detenida por el mismo Salazar, que había bajado de puntillas detrás de Custodia.

- ¡Señor! ¡Señor!...—murmuró la pobre joven esforzándose por deshacerse de la mano de don Félix—. Soltad por Dios… yo...yo… y venía a…
- A entregar el vestido —interrumpió don Félix mirándola con el mayor interés— pero decidme francamente, ¿me tenéis miedo?... En ese caso…
- ¡Oh! ...miedo…no, señor… ¡miedo! ¿Y por qué?—respondió Azucena con dignidad.
- Tenéis razón—contestó el solterón casi avergonzado—. Guiad a esta joven al salón, Custodia—añadió dirigiéndose a la vieja, cuyas disculpas ni se había dignado a escuchar.

Custodia guió a Azucena por los vastos pasadizos de aquel antiguo palacio, hasta dejarla en el salón de recibo.

CAPÍTULO VI. La tentación

El salón en el que Custodia había dejado a Azucena era una habitación vastísima, cuyas paredes, cubiertas de grandes cuadros al óleo, le daban un aspecto verdaderamente regio.

Como buen ecléctico, había don Félix reunido en su casa las bellezas del arte antiguo, con los refinamientos de los tiempos modernos, y amante sobre todo de su comodidad, no había reparado en colocar su magnífica mesa de escritorio a la cabeza del salón de recibo.

A pesar del sobresalto que pudiera inspirar la mala fama de Salazar, Azucena se había tranquilizado hasta el punto de matar el tiempo con la mayor serenidad en contemplar los antiguos trajes que ostentaban los retratos de la familia que adornaban las pintadas paredes.

Aunque poco cursada en la escuela del mundo, no podía menos que comprender que en las maneras de don Félix para con ella había algo de respetuoso, de

verdaderamente enamorado, y que el que ama no puede usar nunca de las traiciones del que seduce.

Creía, sí, que aquello era un juego, pero estaba muy lejos de dar fe a la fama de Salazar, porque había oído decir muchas veces a su abuela, que las que se dicen perseguidas suelen ser las más veces perseguidoras. Por otro lado, su amor, Antonio, incompatible con otro cariño alguno, era un motivo más para que las tiernas frases de don Félix la inspirasen tan solo una satisfacción pueril, hija de la vanidad de ser amada, pero nunca miedo.

La puerta del salón se abrió, dando entrada a don Félix que, saludando con la mayor amabilidad, invitó a la joven a que tomase asiento.

- ¡Oh, no, señor!—respondió sencillamente—. Tengo prisa—y presentó a don Félix el papel de la cuenta.
- Muy bien—dijo don Félix, leyendo solo la suma—muy bien. Déjate el vestido ahí encima de ese sofá… pero…— añadió —¿qué jornal ganáis en el taller?
- Dos reales— balbuceó Azucena bajando los ojos.
- ¡Dos reales!... Infame Gitana—murmuró don Félix realmente indignado—. Y ¿vivís con solo ese jornal?
- ¡Ah! ¡señor! ¡Y si fuese sola!
- ¡Ah! Es verdad, se me había olvidado la abuela: ¿pero esa pobre mujer no tiene otro medio alguno de existencia?
- Señor—respondió Azucena conmovida—dejadme salir, cuando se trata de mí, me siento con fuerza para soportar la desgracia; pero mi pobre abuela, casi ciega, ¡ah!

Y sus ojos se llenaron de lágrimas.

- ¡Dos mujeres con dos reales!—repetía atónito don Félix—. Infelices, ¿y cómo os vestiréis?

La muchacha enmudeció de vergüenza al contemplar sus miserables vestidos.

- Y para vosotras no habrá ni abrigo, ni lumbre, ni diversiones de ningún género.
- Señor—murmuró Azucena, sin levantar los ojos—el día que tenemos pan estamos ya contentas.
- Pues bien, tendréis pan, tendréis abrigo, tendréis diversiones, y no careceréis de nada—exclamó don Félix, clavando en ella sus ojos de fuego.

Azucena levantó entonces los ojos y los bajó de nuevo casi asustada.

- Sí, hija mía—añadió con voz más dulce, y dominando en cuanto pudo su emoción—. Sabía que erais una joven honrada y laboriosa, sabía que pasaríais una vida miserable, pero no podía presumir que hubiese mujeres tan infelices que no tuviesen para cubrir todas sus atenciones más cantidad que la que acabáis de señalar… vamos, no os avergoncéis por eso; pobreza no es vicio, y todo puede remediarse aún. ¿Me permitís que sea vuestro prestamista?
- Pero ¡señor!—respondió la muchacha con alguna desconfianza—. ¿Cómo ha de tomar prestado el que no puede pagar ni lo más preciso?
- Quiere decir que me pagaréis cuando podáis, ¿no es verdad? Tomad—añadió entregándola el importe del vestido—aquí tenéis la cuenta de la Gitana; en cuanto a vos, en este bolsillo hallaréis lo suficiente para procuraros abrigo, así como a la pobre anciana a quien sostenéis, y luego…
- No, no, señor, imposible… gracias… yo no puedo nunca pagar—murmuró la muchacha, roja de vergüenza.
- Vamos, hija mía, no me avergoncéis. Por Dios, esa cantidad es insignificante… no os diré que es una limosna, porque me parecéis muy susceptible; pero sí, que si no podéis pagarme en vida lo hagáis al hospicio después de mi muerte.

Azucena estaba casi trastornada. La idea de su miseria, y la de poder tan fácilmente liberar a su abuela del frío y del hambre; la nobleza con que don Félix se sujetaba a cobrar el empréstito, por no herir su delicadeza, todo esto junto la conmovía y seducía como un sortilegio, en tanto que su conciencia severa y punzante le gritaba: No, no.

- No, no—repitió ella—. Imposible, señor… yo no puedo… yo no debo tomar este dinero.

Alargaba ya el bolsillo a don Félix cuando apareció en la puerta del salón el ama de gobierno que, al distinguir a la muchacha, tomó sin poderse contener la apariencia de una hiena.

Don Félix se sonrió, y exclamó afectando jovialidad:

- ¡Bravo! La conspiración ha salido fallida… vamos, vamos, está visto que no pueden guardarse secretos con las mujeres.
- No os comprendo, señor—balbuceo doña Juliana esforzándose por explicar la presencia de Azucena en el salón—. ¿De qué secretos?...
- ¡Secretos! No existen ya, señora; quería proporcionaros una sorpresa, y tiró el diablo de la manta. Ahí tenéis—añadió señalando al sofá—, el vestido que os había mandado hacer para ir a los toros, y que esta joven acaba de traer en este momento.
- ¿Para mí?—exclamó doña Juliana levantando en sus manos el vestido que tanto había ambicionado—. ¿Para mí? ¡Hola, Azucenita!—añadió acariciando a la muchacha—. ¡Miren ustedes como lo han callado!... Vamos, señor, que no podía yo soñar un traje más a mi gusto.
- Podéis retiraros, niña—dijo don Félix, ansioso de que Azucena aceptase por fin el bolsillo—, está lloviendo y tenéis que ir bastante lejos.

Azucena no había comprendido una sola sílaba de lo que don Félix y el ama acababan de hablar; abismada en mil reflexiones, hostigada por su conciencia que le hacía ver en aquel dinero el preciso delito, estaba más dispuesta que nunca a devolver al libertino su deslumbrador empréstito, pero ¿cómo hacerlo? ¿Qué pensaría doña Juliana si la veía entregar el bolsillo? ¿No era fácil que aquella acción, aunque de las más dignas, hiciese brotar sospechas que empañasen su reputación intachable hasta entonces?

Estas reflexiones fueron la causa de su distracción, de la que salió avergonzada al oír la voz de don Félix que la ordenaba marchar. Tomó la canastilla en que había traído el vestido y dio algunos pasos despidiéndose para salir, pero la idea del oro la volvió a detener.

Azucena luchaba con valor contra la repugnante vergüenza que sentía al entregar el dinero a vista del ama de gobierno; pero, sin embargo, cada vez se sentía más fuerte. Ya estaba próxima a vencer, cuando la lluvia vino a herir con furia los cristales de las ventanas.

Entonces tembló. Acababa de pasar por su cerebro una idea desconocida… el demonio había venido en alas de la tempestad a inclinar la balanza. La joven echó una mirada a su calzado endeble y descosido, sobre su vestido raído y apiezado, débil, en medio de contrarrestar la lluvia que en aquel momento caía a torrentes, miró a doña Juliana resguardada del frío por su buen vestido y su doble calzado, a cubierto del agua por su paraguas de seda verde que acababa de traer de la calle, cansada de arrastrar una existencia tan diferente, cedió por un momento a la tensión y dejó caer en su faltriquera el bolsillo lleno de oro, murmurando a media voz:

- También nosotras tendremos abrigo y comodidades como tú; ¡sea!

Toda esta lucha había sido tan rápida, que ni Salazar ni el ama se apercibieron de las alteraciones que habían pasado por aquel semblante angélico. Azucena salió precipitadamente del salón y bajó las escaleras con la velocidad del que camina sobre fuego.

- ¡Qué hermosa es!—quedó mirando don Félix—pero…—añadió con amargura al quedarse solo—, ¿es posible que yo haya de empañar esa frente de ángel? ¿Habré de exponer a esta inocente criatura a la befa de mis amigos? No… imposible… pero ¿y mi vida entera de desórdenes? ¿Y mi reputación de calavera a tanta costa y tan legítimamente ganada? ...Es preciso… es preciso hacerlo, aunque para conservarla haga pedazos mi corazón.

CAPÍTULO VII. La lucha de los ángeles

Azucena atravesó las calles encharcadas de la ciudad como una paloma perseguida por el cazador. Su agitación no le permitía reparar en su frágil calzado ni en la lluvia que inundaba su cabeza. Calada de agua y azotada por la tempestad, llegó en pocos momentos al taller de la Gitana, a quien entregó el importe de la cuenta y le pidió permiso para retirarse a su casa, pues que, sin duda a causa de su mal abrigo, sentía en aquel instante grandes escalofríos.

Bien que la agitación de Azucena diera en qué pensar a la ducha Gitana, o bien que mirara tan solo la miserable situación de aquella infeliz criatura; no pudo menos que compadecerse de ella, la más honrada, pero la más pobre de sus jóvenes costureras.

La Gitana le concedió su permiso y la joven marchó a toda prisa. Un coro de insultantes carcajadas salió del taller; eran las compañeras de Azucena que se reían de su vestido pobre y calado de agua.

- Después de todo—dijo para así aquella alma de justo al oír las risotadas de sus compañeras— merezco el sarcasmo, la burla... el oprobio, porque, aunque no lo saben, he tomado el oro que envilece, para ocultar la pobreza que honra… ¡Ah!¡No! No tocaré este dinero, aunque hubiese de morir de hambre.

Abochornada de haber cedido, aunque por pocos instantes a la tentación, Azucena apresuró el paso, ansiosa de desahogar en el pecho de su abuela su agitación y de confesarla la lucha de que acababa de salir vencedora, cuando el desembocar por la callejuela en que estaba sumida su miserable habitación, se paró de repente, palideció y estuvo a punto de caer sin conocimiento.

En torno a la puerta, como en otro día cuando la muerte de su madre la dejó huérfana y sumida en él desconsuelo, estaban agrupadas una porción de personas que entraban y salían de la casa.

- ¡Gran Dios!—exclamó Azucena, a quien la desgracia había enseñado ya lo bastante para no esperar sino acontecimientos funestos—. ¡Dios mío! ¿Qué nueva desgracia me habrá sucedido?

La pobre joven recordó el día en que a la misma hora había visto aquellos mismos vecinos reunidos en torno de su pobre madre; pero aquel día la cariñosa mano de Antonio la había separado de aquella triste escena; más tarde, cuando el destino le había arrebatado también al pobre escribiente, Azucena oía al entrar en casa la cariñosa voz de su abuela que lloraba a gritos. Hoy la casa estaba silenciosa, deshabitada.

Al verla llegar pálida y asustada, los curiosos abrieron paso en silencio, brillaron algunos ojos de compasión, con algunas lágrimas, que las mujeres, más sensibles siempre, no pudieron reprimir a la vista de la desgracia, y Azucena penetró temblando en el cuarto, donde había también algunas personas alrededor de la cama.

- ¡Abuela!—gritó Azucena abriéndose paso hasta la cama donde estaba la anciana muerta hacía algunas horas, de consunción, según todas las apariencias.

Dos de aquellas mujeres recibieron en sus brazos el cuerpo desfallecido y yerto de frío de la joven, que cayó como herida de un rayo al distinguir el cadáver de su amada abuela.

El desmayo de Azucena duró tan pocos instantes que no les fue posible a las oficiosas vecinas trasladarla afuera de la casa, habiendo solo llegado al pasillo cuando volvió en sí.

- ¡Oh! ¡Dejadme! Dejadme verla otra vez—y soltándose de las que la llevaban, penetró en la alcoba, miró a su abuela, y arrimándose a una de las paredes, reflexionó un momento sobre su miseria y su soledad.

Su madre, su abuela, su Antonio, todo había desaparecido, y con ellos el apoyo, la protección y el respeto. Huérfana, abandonada, pobre pájaro sin nido, tendría que vivir tarde o temprano bajo el ramaje de nidos extraños.

- ¡Oh!—murmuró con amargura—¡ahora soy verdaderamente el Ánima Sola!

De repente, la fisionomía de Azucena tomó una expresión terrible, desesperada, acababa de sentir en su bolsillo el peso del oro, recordó que aquel cadáver sería enterrado a oscuras, sin cánticos ni oraciones, porque las oraciones y los cánticos valen también el dinero, y ante esta idea se olvidó de su pobreza y de su soledad, y corriendo hacia la cama se arrodilló y cubrió de besos una de las manos de su abuela.

Al movimiento que hizo para arrodillarse sintió por segunda vez el peso del bolsillo. Su rostro, anegado en lágrimas, tomó una expresión particular, que casi se parecía al contento, y sus labios pálidos y temblorosos se agitaron murmurando una bendición.

- ¡Al fin!—dijo con placer—, al fin este oro servirá para una buena acción; tendrá luces, cánticos y oraciones como los ricos, y Dios bendecirá al que me lo ha prestado.

Más tan pronto como cruzó este pensamiento, el grito de su conciencia resonó punzante y severo en su corazón, como horas antes. Su ángel bueno empezó de nuevo la lucha.

Esta segunda tentación era mucho más fuerte que la primera, ante ella olvidaba Azucena su soledad y abandono, pero al fin venció la virtud; su ángel malo fue derrotado una segunda vez.

- ¡Oh! ¡Abuela mía!—exclamó Azucena, desolada y saliendo de la habitación con la velocidad del rayo, dejando atónitos a las vecinas que habían guardado un respetuoso silencio.

La pobre niña huyó. Conocía que la vista de su abuela desconcertaba todo su valor; y temía sucumbir a la tentación.

Extraviada y sin saber a dónde se dirigía, salió por las calles, llegó a la plaza, y dio alguna vuelta precipitadamente, como quien busca alguna cosa. En su aflicción solo le quedaba un consuelo, lejano, es verdad, pero como el que sufre se acoge a cualquier rayo de esperanza que vislumbren sus ojos, Azucena se acordó de Antonio.

Antonio, que había sido siempre para ella su único amigo, su hermano, su amante. Antonio, que aunque separado por su infeliz destino debía volver algún día para hacerla dichosa, era entonces el débil rayo de claridad que su alma vislumbraba en toda la extensión de su oscuro porvenir.

Hay en las grandes crisis de la vida excentricidades que no se comprenden, y Azucena, cediendo sin saber cómo a uno de esos impulsos raros, se detuvo ante la lista del correo, y empezó a leer los remites de las cartas con una tranquilidad inexplicable.

- “Señora doña María de Azucena Velázquez”—leyó en altavoz con una agitación súbita, que dio en sus desencajadas mejillas un efímero color de rosa.
- ¡Carta de Antonio!—añadió hablando consigo misma… ¡Oh!¡Dios mío! Ya veo que no me habéis abandonado en el día de mi desgracia.

Trémula y casi extraviada, echó mano a su bolsillo para buscar algún dinero con que sacar la carta; pero no halló nada más que el oro de Salazar. La lucha de los dos ángeles principió de nuevo.

- Es mi esposo, mi único apoyo en el mundo… pensaba la pobre joven para disculparse…

Pero se acordaba de su abuela, a quien acababa de abandonar, y que tendría que ser enterrada de caridad. Ante esta idea se sentía fuerte y capaz de vencer, porque aquella tentación había sido para ella la prueba más suprema.

Volvió a dejar caer el bolsillo dentro de su faltriquera, y buscó en vano una joya, una prenda cualquiera de la que pudiese desprenderse. Llevó la mano a sus orejas, olvidándose de que sus zarcillos de oro se habían vendido meses antes para pagar al médico que asistía a su abuela. Pasó la vista por sus dedos, en los que solo se distinguía la anilla de Antonio, y al fin sacó del bolsillo de su vestido un pañuelo de seda, desteñido ya, pero que podía valer lo que entonces necesitaba.

- Señora Manuela—dijo entonces a una mujer que tenía una tienda en un portal inmediato—. ¿Queréis comprarme este pañuelo?
- ¡Ese pañuelo! —respondió la tendera, reparando el rostro descompuesto de la joven…—. Azucena, ¿será robado?
- ¿Robado?—repitió ella con indignación.

Había tanta dignidad y tanta nobleza en aquel reproche, que la señora Manuela abrió el cajón de su mostrador, y tomando algunas monedas de cobre en la mano, dijo echándolo todo a broma:

- Vaya, niña, que nada tendría de extraño, porque otras tan bien criadas han hecho cosas peores obligadas por la necesidad… ¿y qué queréis por él?
- Real y medio.

Por usado que estuviese era demasiado barato. La señora Manuela le entregó seis piezas de a dos cuartos, recogiendo el pañuelo, y Azucena corrió con la mayor presteza a recoger la carta. Luego que la tuvo en la mano quiso salir de la ciudad para leerla, donde pudiera dar rienda suelta a sus sentimientos, ya que tanta falta le hacía dar algún desahogo a su corazón.

Salió de la ciudad, atravesó uno de los arrabales, y cuando hubo llegado a un sitio solitario a orillas del Tormes, tomó asiento y se puso a leer la carta con la ansiedad del que todavía teme nuevas desgracias. Su corazón quería salirse del pecho. La carta decía así:

«Mi siempre amada María:

Me faltan palabras para expresar el sentimiento que me acompaña al dirigirte mi última carta, pero es preciso que así lo haga, aunque no sea más que para aligerar los remordimientos de tu conciencia.

Cinco años me faltan todavía para ser libre, y esto es demasiado esperar para lo que yo puedo ofrecerte después. Joven y hermosa, no me sorprende que hayas encontrado quien te ame como te amo yo, y te lo brinde con una subsistencia más brillante. He sabido que las necesidades de tu pobre abuela te han obligado a romper la palabra que me tenías dada, aceptando una posición distinguida de la que conozco eres merecedora. A fin de que puedas disfrutarla sin remordimiento, yo te devuelvo, aunque con dolor, todas tus promesas, sin que en mi corazón se abrigue el menor sentimiento de rencor ni de venganza. Adiós, sé feliz y rica, y cuida mucho a la pobre anciana, objeto de nuestra veneración común. Dedica si puedes algún recuerdo a tu amigo, el desgraciado.

Antonio»

Esta carta hizo en Azucena el efecto del rayo; enmudeció, empezó a temblar, y ya la reconcomían en su imaginación todas las desgracias de aquel día, la soledad en que se hallaba, y el porvenir desastroso que se extendía a sus ojos. Se levantó repentinamente y corrió hacia el Tormes, exclamando con desesperación:

- ¡Familia! ¡Amor! ¡Honor! ¡Oh!... ¡no!

Pero en el momento en que dominada por el dolor iba a lanzarse al río para poner fin a tanto sufrimiento, el sonido melancólico y suave de la campana de Santo Domingo, que sonó no muy lejos, llegó a sus oídos como un llamamiento del cielo.

Azucena se detuvo, y una sacudida nerviosa conmovió todo su ser. La vista de la profunda corriente donde iba a lanzarse la horrorizó, y afligida, asustada y llorando el llanto amargo del desconsolado, volvió a la ciudad y entró en el convento de Santo Domingo, persuadida de que había sido llamada allí por la voz de Dios.

Otra tarde, dos años antes, volviendo como ahora del mismo arrabal, había entrado también en el mismo templo; pero entonces tenía casa, donde estaba segura de encontrar a su abuela que la recibiría en sus brazos y enjugaría su llanto. Es verdad que Antonio se acababa de separar de ella, acaso para siempre, pero el amor y la esperanza le pertenecían. Ahora, ¡qué diferencia, sin casa, sin familia, rechazada de Antonio, y privada hasta de pensar en aquel amor que era la única esperanza de su vida!

Dios era el que no había cambiado para ella; solo él ofrecía su casa y la llamaba con los brazos abiertos para consolarla.

CAPÍTULO VIII. Los primeros serán los últimos

Al entrar Azucena en la iglesia se encontró con una multitud de gentes, ataviadas como de día de fiesta, y que habían concurrido al sermón que en aquella tarde debía predicarse en aquel sitio.

Avergonzada la pobre joven de encontrarse en una concurrencia tan numerosa, cuando creyó que hallaría la soledad que tanto apetecía, empleó todos sus esfuerzos para colocarse en lo más retirado y oscuro de toda la iglesia.

La aturdida Azucena no oraba; no pensaba. Su cabeza estaba trastornada, y sus labios se agitaban convulsivamente como si quisiera pronunciar palabras. El sermón principió y concluyó sin apercibirse de ello: la pobre joven, extenuada de cansancio, de fatiga y hasta de necesidad, pues desde la madrugada de aquel día no había vuelto a tomar alimento alguno; rendida, como digo, de tanto sufrimiento, sintió que su cerebro empezaba a turbarse, pero ni pudo ni se atrevió

a hablar para pedir socorro. Poco a poco los objetos empezaron a perder su forma a su vista errante y vaga, hasta que velados completamente sus ojos, sus párpados languidecieron, y apoyando la cabeza en la fría y desnuda pared quedó sumida en un sueño, que tenía todas las apariencias de una muerte real.

Concluidas todas las ceremonias religiosas, la gente desocupó poco a poco el vasto y sombrío templo, y a los pocos minutos la iglesia quedó completamente desierta. Solo en el espacio oscuro se veía una figura noble y severa que permanecía orando con la inmovilidad de una estatua de piedra. Era el prior del convento que rezaba sus últimas oraciones. Otro bulto negro e inmóvil se distinguía bajo el inmenso coro, a la escasa luz que penetraba a través de las enormes columnas del templo; era Azucena que, rendida de fatiga y de hambre, dormía tranquilamente.

- ¡Padre prior, padre prior!—gritó el Sacristán, que, al registrar la iglesia para cerrar, acababa de percibir aquella figura inmóvil—¡Aquí hay una mujer muerta! ¡Muerta!—y se santiguaba una y otra vez como para hacer ver su inocencia.

El primero se levantó al instante, entró por los claustros del convento agitando una campanilla, y entró pocos momentos después por la puerta anterior del convento que da a la iglesia acompañado de un lego y de otros religiosos con hachones encendidos.

Al ver aquel rostro tan pálido y reclinado dulcemente como si durmiese, el prior no pudo contener una exclamación de lástima.

- ¡Pobre joven!—dijo mirándola con interés—. Acaso el hambre… ¡está tan mal vestida!

A los primeros socorros que trataron de prodigarla, Azucena abrió los ojos y exhaló un grito de terror al verse rodeada de aquellos seres misteriosos que tanta relación tenían con los fantasmas que habían poblado sus incoherentes sueños.

- Nada temáis, hija mía—le dijo el prior, haciéndola sentar en uno de los bancos inmediatos—. Soy el prior de este convento y seré vuestro amigo, tranquilizaos.
- ¡Ah!, señor—balbuceó la pobre muchacha recordando todos los acontecimientos de aquel día—. Soy una infeliz huérfana, abandonada. En nombre de Dios, compadecedme, oídme algunos minutos y os bendeciré después como a mi padre.

Azucena empezó a llorar amargamente. El prior conoció que la joven estaba oprimida por algún pesar profundo; y como verdadero padre espiritual, la colmó de consuelos y le dio valor para soportar sus penas.

Azucena hizo una relación exacta de todas sus desgracias, relación que el bondadoso prior escuchó con el mayor interés.

Aquí tenéis, señor, le dijo al fin, entregándole el bolsillo de Salazar, aquí tenéis ese oro que por tres veces ha empañado mi pensamiento y ha expuesto mi alma a todos los horrores de una lucha, de la que milagrosamente salí vencedora. Pero me siento débil, muy débil, y quiero acabar pronto con este peso que siento en el corazón. Yo suplico que me acompañéis ahora mismo al palacio de Salazar, donde hablaréis por mí, si las fuerzas me abandonan.

- ¿Pero no sería mejor que esperarais a mañana que estaréis más tranquila y fuerte para presentaros a él?
- ¡Oh, no señor! No quiero que se concluya el día sin que sepa cuánto me pesa mi debilidad; harto me duelen las horas que han pasado ya.

El prior contemplaba admirado aquella alma pura que en el día de la mayor desgracia se olvidaba de todo, para poner en salvo su empañada virtud. Salió de la Iglesia en compañía de Azucena, cuyo rostro alterado y marchito llamaba la atención de los que se hallaban al paso, que no podían menos de admirar aquel singular paseo de dos personajes tan heterogéneos.

- ¿Queréis que entremos en vuestra casa antes de presentaros a Salazar?

- ¡En mi casa!—dijo Azucena con amargura—, ¡ay, señor! ¿Os habéis olvidado de que no la tengo?

Había tanto dolor en aquella respuesta, que el prior prometió a Dios no abandonar jamás aquella hija de la desgracia.

Apenas llamaron a la puerta de Salazar fueron introducidos por Custodia en el salón de recibo, donde estaba don Félix de pie, disponiéndose ya para salir. En tanto que admirado y confuso, no sabía cómo explicarse aquella aparición- Custodia corría a participar a doña Juliana el singular acompañante de la costurera.

- Señor don Félix—dijo el prior alargándole la mano—, esta visita no es de las que os hago ordinariamente. Vengo aquí tan solo a devolveros este dinero, que habéis tenido la bondad de prestar a esta joven.
- Señor—dijo Azucena a media voz— gracias, mil gracias, pero no debo… no fue mi intención aceptar esta cantidad.

La palidez de don Félix se trocó en el encarnado de la vergüenza.

- Yo no he tenido intención de ofenderos…

Y no pudo decir más aquel hombre, tipo de la valentía y del desembarazo. Toda su presencia de ánimo cedía a los ataques de aquella alma virtuosa.

- Como amigo y como confesor vuestro que soy—dijo el prior tomando asiento—, sabéis por experiencia que soy reservado como el sepulcro, pero hoy que Dios pone en mis manos los medios de haceros conocer la excelencia de la verdad, el deber me obliga a referir a los secretos de esta pobre criatura, digna de la mejor suerte.

Azucena se adelantó hacia el prior llena de vergüenza.

Su buen corazón sufría también por don Félix, a quien veía humillado con aquella narración, y su modestia se ofendía de las alabanzas como de una acusación.

- ¡Señor prior!—le dijo en voz suplicante—ya nada tenemos que hacer aquí.
- Aguardad—respondió el venerable religioso—es preciso que se os haga justicia… la virtud del pobre es el faro que señala al rico las puertas del señor.

Buen orador, y religioso por excelencia, el primero refirió toda la historia de Azucena, sus desgracias y su extraordinaria rectitud.

Salazar, trastornado de vergüenza y de asombro, pero más trastornado aún de amor al contemplar la hermosura de aquella pobre huérfana, sin familia ni hogar, al verse de frente y por primera vez de su vida ante la virtud desnuda y abandonada, con hambre y sed, como él había dicho a los jugadores, sus amigos, apenas podía dominar los impulsos de su corazón.

- Pues bien, dijo con voz resuelta, no pudiendo ya soportar más, nada os ocultaré, yo debo a esta joven una reparación, y esa reparación será pública, solemne… sabed que yo había prometido seducir a esta niña, porque nunca he creído en la honradez necesitada. Pues bien…—añadió dirigiéndose a la joven, que muda de vergüenza no se atrevía a levantar los ojos—. Sabed, Azucena, que os amo locamente, y que seré el más feliz de los hombres si aceptáis para siempre mi nombre y mi fortuna.
- ¡Ah!¡Señor!—respondió la muchacha ruborizada—, no sabéis cuánto siento desairaos; pero cuando habéis oído la relación de todos mis antecedentes, conoceréis que me es imposible aceptar vuestra oferta. Mi corazón pertenece a Antonio.
- ¡A Antonio! ¿Pues no habéis dicho que os ha devuelto vuestra palabra?
- Sí, pero me la devuelve porque le han engañado; pero el señor prior le escribirá la verdad y estoy segura de que me creerá, y entonces tranquila ya por mi porvenir trabajaré sin cesar los cinco años que nos faltan para reunirnos.

Este último golpe acaba de trastornar a don Félix, que acaba de recibir la lección más elocuente, viéndose pospuesto a un soldado sin nombre ni fortuna.

- Gracias, gracias, prior—dijo ocultando su abrasada cabeza entre sus manos—; gracias, porque a merced de vos, creo ya en la virtud, en el honor, en el amor sincero y desinteresado… ¡Azucena!—añadió mirándola con la mayor ternura—me habéis humillado, me habéis herido en lo más sensible de mi alma; pero no me importa, para vos han concluido los malos días y las horas de taller y de labor. Aquí tenéis una suma suficiente para rescatar a Antonio, con el que llevaréis por dote la administración de mis señoríos de Zamora. Adiós, pues, felices, pero sin que yo os vea. La vista de vuestra felicidad me haría perecer de envidia.

- ¡Oh! ¡Amigo mío!—exclamó el prior abrazándole—, la amabais, y por eso Dios os inspira… un sentimiento bueno salva a todos los demás.

- Señor—dijo Azucena levantando hacia él sus hermosos ojos—, perdonadme, y que Dios os haga tan feliz como me habéis hecho a mí al devolverme la vida, el honor y la más bella de mis esperanzas. ¡Ah! ¡Ah! de hoy más, ya no podrán llamarme el Ánima Sola.